

La globalización

Jaime Loring

Resumen

El mundo y las relaciones entre los seres humanos se han reconfigurado en un sistema cultural distinto y en este nuevo sistema han aparecido nuevos procedimientos en los intercambios financieros, económicos y comerciales. La palabra *globalización* se está empleando cada vez más en todos los ámbitos, de hecho, el mundo se ha globalizado. En este sentido, todos los seres humanos han dejado de constituir conjuntos separados y autosuficientes, para convertirse en un conjunto único, donde lo que ocurre o se decide en un lugar, tiene consecuencias inmediatas en otro. Sin embargo, no existe ninguna autoridad global, ninguna ley laboral global, ninguna normativa fiscal global. He aquí la ingente tarea política de los líderes que han de tomar las decisiones en estos albores del siglo XXI.

Cualquier análisis de la realidad política, económica o social que se haga en estos días, no puede prescindir de las modificaciones sustanciales que el orden mundial ha experimentado en la década de los noventa. La disolución del imperio soviético y la consiguiente desaparición del sistema de bloques; el avance de los procesos de integración supranacional, fundamentalmente en Europa, aunque también en el Cono Sur latinoamericano; el tratado de libre comercio en el norte y, en general, el fenómeno mundial de la globalización han hecho de la década de los noventa una etapa de cambios tan profundos, como para poder decir que la única manera de comprender el presente es

intentando vislumbrar el futuro, lo cual nos acerca más a la comprensión de nuestro tiempo, que el estudio del pasado. Por supuesto que cualquier afirmación que hagamos acerca del futuro tiene, forzosamente, un grado de subjetividad importante. Cada uno imagina de manera anticipada el futuro según su talante. Ello lleva asociado un grado de riesgo, puesto que no podemos verificar de manera objetiva nuestras afirmaciones, hasta que los sucesos anunciados se hayan realizado.

El fenómeno de la globalización se estudia mediante la profundización de las bases culturales que lo sustentan. Además, ésta tiene aspectos económicos, financieros y comerciales. Es decir, todos son

manifestaciones de la globalización y no constituyen su esencia propiamente dicha. La globalización es un fenómeno cultural definido por un sistema de valores. El mundo, en general, y las relaciones entre los seres humanos se han reconfigurado en un sistema cultural distinto al vigente hasta ahora. Ya en este nuevo sistema cultural han aparecido, de manera progresiva, nuevos procedimientos en los intercambios financieros, económicos y comerciales. No obstante, otros fenómenos aparecerán después: una nueva forma de entender la milicia, modalidades de seguridad social o de relaciones diplomáticas. La comprensión de todas estas expresiones de la globalización requiere del análisis de su esencia cultural.

La cultura es un conjunto estructurado de valores. Éstos no son cuantificables ni unos son superiores a otros. La apreciación que la mente humana hace de ellos es el único criterio para establecer su jerarquía. La fuerza física y la pericia guerrera son, en ciertas culturas, valores superiores a la sabiduría; mientras que en otras culturas, el orden público es un valor superior al de la justicia y la igualdad social; en tanto que en otros lugares, el nacionalismo es considerado como un valor superior al de la solidaridad internacional. Esto significa que a partir de una determinada cultura se toman decisiones individuales o colectivas, así como en definitiva se define el bien y el mal, la verdad y el error. Lo que en una cultura es considerado una virtud, en otras es considerado un delito. Por esta razón, la reflexión sobre los actos humanos exige enmarcarlos dentro de la cultura en donde está inmerso el protagonista de dichos actos.

De la misma manera que hablamos del ser humano, varón o mujer, como ente real, la sociedad es también un ente real. No es meramente una agregación de individuos. Es un ente real, con vida propia, con sus propias vicisitudes, su propia evolución y transformación. El ser humano individual está constituido por células, tejidos y órganos, y un espíritu o alma que personaliza su identidad. Así, la sociedad humana está conformada por una estructura jerarquizada de individuos, y un espíritu que igualmente personaliza su identidad. Ese espíritu es la cultura. Cada sociedad tiene su propia

cultura, la cual constituye el espíritu que le da identidad. Cuando la cultura cambia, la sociedad, no los individuos, sino el ente sociedad ha muerto y ha nacido uno nuevo. La observación, en el transcurso del tiempo, de cómo nacen y mueren las sociedades, no precisamente por la muerte de los individuos, sino por el fenecimiento de sus culturas y el alumbramiento de otras nuevas, nos ayuda a comprender el fenómeno humano. En efecto, el análisis del fenómeno humano excede el ámbito de lo individual, y requiere de una aproximación a la consistencia de lo colectivo.

Cada sociedad está configurada por un sistema cultural. La cultura, al igual que la naturaleza, constituye un sistema de unidades elementales, organizadas y jerarquizadas en subconjuntos y conjuntos de orden superior. El sistema de la naturaleza nos es dado y es permanente a lo largo de la historia y del espacio. Es un sistema con el que nos encontramos. Por el contrario, el sistema cultural es elaborado por nosotros mismos; es una creación del espíritu humano y, por ello, está sometido al cambio histórico y a las variedades étnicas, geográficas

y religiosas. Las culturas estructuran una jerarquía de valores, lo cual permite que algunos de éstos se afirmen y consoliden como absolutos. Juegan el rol de valores absolutos en el ámbito de la propia cultura que los ha engendrado. Sin embargo, en una cultura distinta no poseen tal carácter absoluto. Incluso, pueden considerarse antivalores.

A veces hemos estudiado la historia como una sucesión de reyes y de guerras, que hacían cambiar de lugar las fronteras y redimensionaban el territorio dominado por cada monarca. Más recientemente se ha estudiado la historia a través de sus modos económicos de producción, de comercio y de consumo a lo largo del tiempo. Ello es consecuencia de haberle dado más importancia a los modos de vida de las poblaciones, que a los derechos dinásticos y territoriales de las familias reinantes. No obstante, esta metodología de estudio de la historia es superficial. Más allá de los modos de vida de las poblaciones están los fundamentos culturales que los determinan.

La cultura es un conjunto estructurado de valores. Éstos no son cuantificables ni unos son superiores a otros. La apreciación que la mente humana hace de ellos es el único criterio para establecer su jerarquía.

Esta última gran mutación histórica tiene lugar a lo largo del siglo XVIII, digamos hacia 1750, y se consolida definitivamente en torno a 1850. Doscientos cincuenta años más tarde nos podemos preguntar, al acercarnos al año 2000, si el sistema burgués-capitalista —que ha dado estabilidad a la sociedad internacional durante estos 250 años— está al borde de una nueva mutación fundamental; si la sociedad postindustrial, postcapitalista o postsocialista, da igual el término que escojamos, se configurará con esquemas de relaciones económicas, sociales y políticas distintas de las conocidas hasta ahora; o si, por el contrario, los acontecimientos que estamos viendo constituyen sólo cambios accidentales, sustitución de protagonistas, desplazamiento de los puntos de apoyo, en el entendido de que permanecen las mismas leyes de equilibrio.

La última década del siglo XX ha comenzado con un signo generalizado de liquidación del sistema de equilibrio internacional, tanto en el orden político como en el económico. Los análisis intelectuales que han venido haciendo sobre la inviabilidad del sistema de bloques, la inviabilidad de las desigualdades económico-sociales entre el norte y el sur y la inviabilidad de un desarrollo económico alimentado por la carrera armamentística, salieron finalmente del círculo de los intelectuales para hacerse realidad en los acuerdos políticos, tanto dentro de los estados, como en las relaciones internacionales. Ante el asombro de la comunidad internacional, el año 1989 se cerró con un conjunto de cambios inesperados, tanto por su profundidad como por la rapidez con que se produjeron.

A lo largo del segundo semestre de 1989 ocurrieron muchos acontecimientos como para asombrar a la opinión internacional. Desde entonces hemos vivido momentos de la historia realmente apasionantes. El orden mundial camina aceleradamente hacia una reestructuración, que no sería exagerado decir que es total. El fenómeno comenzó en Polonia, de ahí se extendió a los demás países de Europa Central y alcanzó a la Unión Soviética. La Comunidad Económica Europea busca afanosamente rebasar los límites de la unidad de mercado, incluso los de la unión monetaria, para

entrar en una nueva fase de unión política y militar. Inclusive, el gran continente latinoamericano despierta con una nueva conciencia de autonomía política y de solidaridad a nivel continental. Los términos “democracia”, “paz”, “solidaridad internacional” empiezan a formar parte del lenguaje universalmente aceptado. Hay suficientes síntomas para pensar que está naciendo una sociedad muy diferente de la que hemos conocido hasta ahora. La historia de la humanidad —en esta década final del siglo XX— está preñada, y si auscultamos el feto que lleva en su seno, podremos prever con cierta aproximación cuáles serán los rasgos característicos de la nueva sociedad a cuya gestación estamos asistiendo, y de cuyo nacimiento quizá podamos ser testigos.

Este cambio, al que estamos asistiendo, de las estructuras de equilibrio políticas, económicas y sociales, no es un fenómeno que haya alumbrado nuestra generación por vez primera. En efecto, no es la primera vez en la historia que una generación abandona el esquema de relaciones en el cual se

Lo apasionante del análisis histórico de las culturas es, precisamente, constatar cómo los seres humanos han podido vivir y conformar mundos totalmente diferentes.

había acostumbrado a vivir. No es la primera vez que ocurre que lo que en un momento constituyó una revolución, que substituyó esquemas vigentes hasta el momento, haya sido substituido, a su vez, en un proceso de cambio histórico, por otros distintos. Cualquier esque-

ma de relaciones sociales, económicas y políticas que en un momento se haya considerado tradicional, anteriormente fue una novedad que desplazó a una tradición previa. El sistema social está sometido continuamente a cambios y transformaciones.

La respuesta que demos a esta pregunta va a depender más de nuestras opciones personales y subjetivas, que de un razonamiento empírico a partir de observaciones objetivamente contrastadas. Podemos adoptar actitudes de simpatía o de rechazo ante los cambios introducidos en la sociedad a lo largo de estos 150 años, pero lo que no podemos es cerrar los ojos a la lógica de la historia. Si los acontecimientos que hemos vivido a partir de 1989 son sólo un cambio accidental del sistema global que no afectan la permanencia del sistema, podemos predecir —mediante una

extrapolación— cuál será la sociedad en las primeras décadas del siglo XXI. Si, por el contrario, estamos asistiendo a una mutación cualitativa, a una sustitución del mismo sistema de equilibrio, no es posible hacer ningún tipo de previsiones; por tanto, no nos queda más que esperar y observar cuidadosamente cómo se va definiendo el nuevo sistema.

Esta dialéctica entre la permanencia y *conservación* de los valores actualmente existentes, o en la sustitución de los actuales por otros, en la promoción del *progreso* cultural, es lo que diferencia las mentalidades integristas de las tolerantes. Por ello, el fundamento de la tolerancia consiste en la conciencia de la transitoriedad de las culturas. Por el contrario, los integrismos se apoyan en la convicción de su permanencia cuasi eterna. Los integrismos caen en el género de idolatría que los antiguos profetas de Israel combatían celosamente, esto es, elevar a la categoría de absoluto y permanente, con atributos cuasi divinos, objetos creados por los hombres, fuesen de madera, bronce o metales preciosos. De forma similar, los integrismos se autodeclaran fieles absolutos de algo, que por su propia esencia es meramente contingente.

Los integrismos adoptan a veces modos de procedimiento pacíficos. Optan por una resistencia al cambio en forma pasiva, o victimista. El hecho de que adopten formas de autoinmolación, no altera su perfil intransigente, su idolatría por una determinada cultura, la cual, en realidad, no es más que una creación transitoria y pasajera del espíritu humano. Otras veces adoptan modos de procedimiento agresivos, donde la violencia es apreciada como forma heroica de defender los valores absolutos, exterminando todo aquello que se opone a sus particulares esquemas. Este fue el carácter de los fascismos que adquirieron gran aceptación en amplios sectores de la sociedad europea de los años treinta. Ya no con carácter mayoritario, pero sí significativo, tales culturas neofascistas siguen presentes en nuestro tiempo, y de vez en cuando ejecutan acciones de acuerdo con su propia jerarquía de valores. Sin embargo, pese a esta conciencia histórica, nos resistimos a pensar que nuestra propia cultura está en proceso —como todas las que le han precedido— de agotarse y de ser sustituida. No somos capaces de imaginar una nueva cultura basada en principios diferentes del actual sistema dominante.

La palabra *globalización* se está empleando cada vez más en todos los ámbitos —político, económico, social y financiero—. Por su etimología, la palabra puede ser tan antigua como se quiera. El descubrimiento de que la tierra no era una superficie plana, sino un globo esférico, es un descubrimiento viejo. Lo que es absolutamente nuevo es que todos los seres humanos que habitan este globo esférico han dejado de constituir conjuntos separados y autosuficientes para convertirse en un único conjunto, donde lo que ocurre o se decide en un extremo del globo terráqueo, tiene consecuencias inmediatas en cualquier otro espacio del mismo globo.

Este hecho no es solamente nuevo, es revolucionario. Ha cambiado la faz de la tierra. No nos damos cuenta exacta de su trascendencia, porque es un fenómeno muy reciente, y aún no se ha constituido en tradición. Comenzó en 1989-1990, hace unos siete u ocho años. Tampoco los bárbaros que conquistaron Roma estaban conscientes de la trascendencia histórica de lo que estaban haciendo; ni los franceses que tomaron La Bastilla estaban conscientes de lo que la Revolución Francesa habría de significar en la futura historia del mundo. Cada uno de ellos intentó resolver, a su manera, su problema particular. Luego resultó que lo que hicieron fue mucho más allá de sus pretensiones inmediatas. De la misma manera, la gente que empezó a fugarse, en los últimos meses de 1989, de Checoslovaquia y de Hungría hacia Europa Occidental, tampoco estaba del todo consciente de lo que estaba provocando. También pretendió resolver su particular problema. Como consecuencia se diseñó, a partir de 1990, un modelo de sociedad internacional que no tiene nada que ver con todo lo que hemos conocido hasta ahora. En los albores del siglo XXI está naciendo, ante nuestros ojos, un esquema social, político y financiero desconocido hasta ahora, del cual no tenemos todavía experiencia y que, es más, todavía no nos lo creemos del todo.

A partir de la desaparición del sistema de bloques y de la configuración del mundo entero como una sola unidad, ha aparecido una nueva dimensión para todos los problemas económicos y políticos. Ya ningún asunto financiero, industrial, político o migratorio puede resolverse si no se plantea a nivel global, es decir, mundial. El problema del empleo, por ejemplo, uno de los *leitmotiv* de los discursos de los políticos y de las planificaciones de los economistas, es que no puede ser resuelto a

nivel de un solo Estado. Ni sus raíces ni los mecanismos de su solución están bajo el control de las autoridades de un solo gobierno. Su origen radica en las diferencias salariales que existen entre unos países y otros.

Por poner un solo ejemplo, que puede resultar perturbador. A nivel del Estado se ha configurado un sistema de seguridad social. Cada Estado, con las modalidades diferenciales que sean, ha diseñado un sistema de seguridad social, en virtud del cual se pretende que todos los ciudadanos tengan cubiertas las necesidades básicas de salud, renta mínima y jubilación. Esa seguridad se financia a base de detraer, a través de la imposición fiscal, a las empresas y a las personas físicas rentas más altas que son parte de sus ganancias. A continuación, estos fondos se distribuyen entre las personas que tengan rentas inferiores. El sistema puede funcionar con mayor o menor eficacia, pero el sistema existe y es admitido universalmente. Y es aceptado a nivel de cada Estado por separado. El próximo paso es el de ser un sistema de seguridad social a nivel mundial. Todas las empresas del mundo y todos los ciudadanos del mundo que posean rentas altas pagarían una cotización a la seguridad social mundial, la cual, a su vez, prestaría servicios de salud, renta mínima y jubilación a todos los ciudadanos del mundo, cuyas rentas sean inferiores. Tal hipótesis resulta alucinante. Igualmente alucinante sería para Adam Smith, cuando reflexionaba sobre la sociedad que estaba emergiendo de la primera revolución industrial, el sistema de seguridad social que tenemos ahora. Lo que hoy es evidente, hace doscientos años era alucinante. Como la historia está sometida a una aceleración constante, lo que hoy es alucinante, tardará menos de doscientos años en ser evidente.

En la segunda mitad del siglo XVIII tiene lugar la aparición de un fenómeno técnico, pero que tendrá la virtualidad de transformar las estructuras sociales y la cultura del mundo occidental: la primera revolución industrial. La sustitución del artesano por la factoría trajo consigo la creación de centros fabriles con una capacidad de producción mucho mayor que lo que el entorno geográfico próximo podía consumir. Se generaliza el comercio internacional. Y, sobre todo, se descubre la posibilidad de poder multiplicar la riqueza. Lo que nunca había hecho la agricultura ni los sistemas de producción artesanales, lo hacía la nueva industria. La inversión industrial permite multiplicar el capital de los ahorradores.

Es así como nace no sólo un nuevo orden económico, sino una nueva cultura. Los excedentes ya no se atesoran. Ya no es importante poseer un tesoro, sino poseer una inversión. La riqueza se invierte para que pueda multiplicarse de manera continua. Por ello tiene que estar permanentemente invertida. Luego aparece una nueva función para las instituciones financieras. El antiguo usurero medieval es sustituido por los nuevos bancos, los cuales ya no prestan su propio capital a los inversores, sino que captan los pequeños ahorros de las familias y los canalizan hacia los agentes inversores. A partir de este momento, ya no será necesario invertir este pequeño ahorro en un negocio, pues basta simplemente con cedérselo al sistema bancario, el cual se encargará de hacerlo llegar a algún agente inversor.

El sistema surgido en el siglo XVIII ha experimentado importantes transformaciones. Los primeros esquemas de procedimiento fueron alarmantemente inhumanos. La desprotección jurídica y social de los trabajadores de las factorías y de las minas dio lugar a abusos y situaciones que, hoy día, parecen inconcebibles en una sociedad medianamente modernizada. Las acciones políticas y sociales de los partidos de izquierda y de los sindicatos, a lo largo del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, han logrado que el sistema capitalista haya adquirido un rostro humano aceptable.

Desde su nacimiento hasta hoy hay que reconocer que el sistema capitalista ha avanzado en la producción de bienes y servicios como no lo había conseguido ningún otro sistema con anterioridad. En 250 años, la sociedad capitalista ha logrado avances técnicos —mejoras en la calidad de vida (comodidad), las comunicaciones, el transporte— incomparablemente mayores que lo obtenidos en 5 000 años. La aceleración del desarrollo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII es lo que ha conseguido que la diferencia que existe en cuanto a desarrollo entre nosotros y la Europa de Napoleón Bonaparte sea mucho mayor que la que hay entre Napoleón Bonaparte y los faraones de Egipto. Junto a este éxito, también hay que tener presente su fracaso social. La ingente riqueza acumulada en estos 250 años de capitalismo se ha concentrado en reducidas áreas del planeta, y ha mejorado las condiciones de vida de una escasa cuarta parte de la humanidad. La mayoría de la humanidad no se ha beneficiado del éxito del desarrollo capitalista.

En los últimos años del siglo XX, hemos visto que existen suficientes indicios para pensar que nos encontramos en un quicio o esquina de la historia, donde la corrección de algunos excesos de la cultura no es suficiente. No se pretende decir con ello que la cultura capitalista, nacida en la segunda mitad del siglo XVIII, no haya aportado al mundo occidental ventajas comparativas importantes. De hecho, las sociedades occidentales de América del Norte, Europa y de algunos países de Asia han tenido, en estos 250 años, un progreso económico y social, como no se había conocido 5 000 años antes. No se puede decir lo mismo de otros países y poblaciones, donde los efectos de las decisiones económicas y políticas de las potencias dominantes, han provocado situaciones de dependencia y empobrecimiento. Pero, de hecho, donde ha tenido éxito, éste ha sido espectacular.

Lo que nos podemos plantear es que si al cabo de estos 250 años, la sociedad mundial podrá seguir siendo alimentada y conformada por esta cultura capitalista. Cuando menciono al capitalismo no lo hago como alternativa al socialismo. En realidad, el sistema económico implantado en los países de la antigua área de influencia soviética no era sino una variante del propio sistema capitalista. Los fundamentos del sistema eran los mismos, variaba sólo el proceso de toma de decisiones: las tomaba el Estado, no los individuos particulares. Pero el Estado razonaba con los mismos criterios que lo hacen los individuos en los sistemas de economía de libre mercado: la multiplicación de la riqueza.

La alternativa dialéctica a la cultura capitalista, actualmente dominante, no es el socialismo, es la cultura que está por venir. Las relaciones laborales en el capitalismo actual ya no están subordinadas a los excesos de la primera revolución industrial. Muchos de ellos han sido corregidos, incluso eliminados, por el movimiento socialista con resultados realmente satisfactorios. Gracias a las rectificaciones introducidas en el sistema por los partidos políticos socialistas y las organizaciones sindicales, el sistema económico capitalista, dominante en los países desa-

rollados, no ha mantenido la pureza de sus principios y, por ello, se puede vivir dentro de él con un nivel de comodidad y de libertad considerables. El sistema, tal como fue creado y teóricamente justificado en los albores de revolución industrial, nos hubiera conducido a niveles de opresión y de injusticia social inaguantables.

Nuestra generación se enfrenta ante un desafío histórico de gran magnitud. Ya no se trata de acertar en las decisiones que hagan funcionar el capitalismo a satisfacción de la mayoría. El problema es que la misma cultura capitalista se encuentra históricamente agotada. Es más, el sistema capitalista está fundamentado sobre el principio del beneficio. El ciclo beneficio-ahorro-inversión-beneficio constituye la dinámica esencial del sistema. Esta dinámica ha sido probadamente eficaz en los países de occidente y, a su vez, ha generado miseria en otros.

Ahora bien, la consecuencia inmediata de esta dinámica es el crecimiento continuo y acumulado que sigue una tendencia exponencial. Con la misma ley matemática del interés compuesto, las nuevas inversiones aumentan el beneficio y el ahorro determinando mayores producciones, cuyos excedentes son invertidos de nuevo, lo cual genera aumentos acumulados del producto¹. La imposibilidad matemática de un crecimiento infinito en un mundo finito fue planteada por los primeros pensadores teóricos del sistema capitalista. David Ricardo (1772-1823) y John Stuart Mill (1806-1873)



1. Jaime Loring Miro, "Lo rural en el futuro de las sociedades industriales", en *La doble crisis de la agricultura española*, Coloquios del Escorial 1981, 1981, pp. 209-235.

al reflexionar, desde el estricto punto de vista de la teoría, sobre la dinámica del crecimiento del nuevo sistema económico emergente, comentaron la necesidad de que en la fase terminal se llegue al *estado estacionario*. Pero el estado estacionario es contradictorio con el propio sistema capitalista. Si el *estado progresivo* ha de ser sustituido por el *estado estacionario*, ello significa que el sistema burgués-capitalista ha de ser sustituido por otro diferente, donde el beneficio, el ahorro y la inversión dejen de ser el motor de la economía.

No obstante, existen suficientes indicios que sugieren este agotamiento: el hecho de que la política agraria común haya cambiado en la dirección opuesta a la finalidad con que fue instaurada es un síntoma relevante. En los años cincuenta y sesenta, Europa carecía de productos agroganaderos, por tal motivo los países firmantes del Tratado de Roma tomaron la decisión de adoptar medidas comunitarias para incrementar la productividad agraria, bajo el lema de la *Europa Verde*. Así, el 4 de septiembre de 1950, cinco años después de haber finalizado la guerra mundial y en virtud del informe de Pflimlin, ministro de Agricultura de Francia, el Consejo de Ministros de ese país decidió emitir una nota sobre la organización europea de los mercados agrícolas².

La agricultura y el abastecimiento alimentario constituyen uno de los dominios en que la organización económica de Europa es más necesaria. Europa es un gran país agrícola. En su aspecto social, lo mismo que en su aspecto económico, el estado de la agricultura señala el destino de los países europeos. Sin embargo, falta mucho para que la agricultura de los países europeos corresponda a sus posibilidades y a las exigencias de la economía europea. La producción agrícola es insuficiente.

Así es como se comienza a plantear la necesidad de una política agraria común, que fija los principios de la *Europa Verde*. En julio de 1958,

la Conferencia de Stresa (en Italia, en la ribera del lago Mayor) reunía a los signatarios del Tratado de Roma (celebrada en marzo de 1957) y a los representantes de las organizaciones profesionales de los seis países. Allí se trazaron las primeras directrices de la futura política agrícola común. A finales de 1959, la Comisión presentó al Consejo de Ministros sus primeros proyectos de política agraria común. En diciembre de 1960, el Consejo de Ministros promulgó los principios de la creación de la *Europa Verde*.

Los objetivos que la Política Agraria Común se propuso, en 1960, se consiguieron en gran medida. No obstante haber resuelto los problemas de 1960, también generó nuevos problemas que se han planteado a lo largo de la década de los ochenta. Así lo recogía el informe Mac Sharry.

Esta política ha contribuido al crecimiento económico y ha permitido proporcionar a los consumidores europeos una amplia gama de productos alimenticios de calidad a precios razonables. Sin embargo, este sistema, perfectamente adaptado a la situación de la agricultura deficitaria, ha puesto de manifiesto graves defectos en el momento en que la Comunidad ha comenzado a ser excedentaria en la mayor parte de sus productos agrarios.

Los objetivos de la Política Agraria Común se alcanzaron en su totalidad. Se logró que Europa fuera autosuficiente en productos agroganaderos y se mantuvo el nivel de renta de los agricultores. A la vez que se resolvió el problema de la falta de producción, se generó otro, que fue la superproducción. Europa no fue capaz de consumir todo lo que era capaz de producir. Fuera de Europa, los países con capacidad para comprar la superproducción europea también tenían excedentes. Y los que poseían un déficit agroalimentario, no tenían capacidad para pagar los costos de producción de los productos europeos. En vista de esta situación, la Comisión Europea se vio en la necesidad de

En el marco de la cultura
capitalista, apoyada en el ciclo
ahorro-inversión-beneficio-ahorro,
no existe solución razonable a los
problemas que se nos están planteando
a finales del siglo XX.

2. Michel Augo-Laribo, *La revolución agrícola*, 1960, pp. 223-226.

adoptar medidas radicalmente anticapitalistas: subvencionar la *no producción*.

En Europa, el sector agrario ha experimentado esta crisis del crecimiento exponencial antes que el sector industrial o de servicios. Por tanto, la Política Agraria Común propone una serie de medidas estrictamente anticapitalistas, como son el abandono de tierras, la jubilación anticipada, el retorno a una agricultura extensiva, la protección del medio ambiente. Es lógico que la adopción de medidas anticapitalistas hayan sido implementadas antes en la agricultura que en otros sectores de la economía. La rigidez de la demanda de los productos agrarios ha sido la causa de que se haya notado antes en la agricultura la imposibilidad del crecimiento ilimitado.

Esta situación de ahogamiento en la producción que ha experimentado la agricultura, en la última década del siglo XX, puede llegar a producirse en el sector industrial. Pues los automóviles, los electrodomésticos y la construcción no son susceptibles de un crecimiento ilimitado. Incluso, hasta se puede analizar el plazo en que se producirá la saturación, aunque dicho tema es indiscutible. En realidad, no está demasiado lejana la fecha en que a la producción industrial le ocurra lo mismo que le sucedió a la producción agroganadera. Los países industrializados son más capaces de producir bienes y servicios que de consumirlos, mientras que los que carecen de éstos no tienen la capacidad para pagar los costes de producción.

Por otra parte, la cantidad de bienes industriales que el equipo instalado es capaz de producir, está creando un problema de espacio. Las ciudades atiborradas de automóviles estacionados es la imagen más representativa de un sistema productivo que ha alcanzado el punto de saturación. Si a ello le añadimos la destrucción del medio ambiente y los problemas ecológicos resultantes, entonces, ¿sería hora de ir pensando si el proceso de desarrollo industrial, iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII, está llegando al límite de sus posibilidades? Y no falta mucho para que se detenga agotado, no en su fracaso, sino en su éxito, tal como decíamos de la agricultura europea.

En el marco de la cultura capitalista, apoyada en el ciclo ahorro-inversión-beneficio-ahorro, no existe solución razonable a los problemas que se nos están planteando a finales del siglo XX. La cultura capitalista se apoya en un postulado bási-

co: la multiplicación del ahorro, es decir, la multiplicación de la riqueza. En una reducida área del planeta se ha llegado al ahogamiento de las personas en su propia riqueza y a la destrucción de la naturaleza virgen, mientras que los excedentes no pueden llegar a las áreas deficitarias. Esto es lo que yo llamo el *ocaso del capitalismo*. Tenemos ante nosotros, por poco que reflexionemos de manera serena e imparcial, suficientes síntomas para pensar que una nueva cultura tiene que sustituir a la presente. La actual ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar.

La crisis de saturación del crecimiento que se experimenta en el reducido ámbito de los países industrializados, contrasta con la penuria y el infradesarrollo de los países tercermundistas. La sima se va agrandando entre la minoría del mundo desarrollado y la ingente masa de poblaciones que mueren de hambre, de insuficiencias sanitarias y de carencia de cultura. Incluso podemos defendernos con una muralla de logística militar, dotada de armamento electrónico y nuclear, capaz de desalentar el asalto de los pobres al mundo de los ricos. Sin embargo, el problema de la migración, la presión ejercida en la frontera sur de Estados Unidos y en las cosas mediterráneas de Europa, es un fenómeno que no va en retroceso, a pesar de la legislación restrictiva y de la vigilancia policial. No está fuera de lugar pensar que el futuro de Europa puede acercarse a la realidad actual de los estados del sur de Estados Unidos, donde la población inmigrante ha crecido de tal forma, que son estados prácticamente bilingües y biculturales. No parece estar muy lejos de la realidad el que, en unos años, Europa cuente con una población inmigrante magrebí, que llegue a tener un volumen proporcional a la que tienen los latinos en California o Florida.

La cultura de la globalización es la que ha llevado a la conciencia de muchas personas, el sentimiento de que los problemas de penuria de países diferentes no son problemas ajenos. El amplio sector de la cooperación internacional, integrado por personas y organismos privados, también por los propios estados, es el indicio de esta nueva cultura que no cabe en los modelos de toma de decisiones clásicas del capitalismo. Dichos modelos, que sólo buscan la maximización de la ganancia y la minimización del riesgo, son incapaces de resolver el desequilibrio entre los países desarrollados y los no desarrollados. La cultura de la globalización nos conduce a la superación de los valores tradi-

cionales del capitalismo. La globalización está reclamando la inclusión, en los modelos de toma de decisiones, de valores, como la solidaridad, la distribución igualitaria de la riqueza, la justicia y la ecología. Desde el punto de vista de la globalización, se están poniendo de relieve las insuficiencias del modelo capitalista ahorro e inversión.

A partir de las ideas expuestas sobre la cultura y los cambios culturales, analicemos el contenido cultural del concepto de patria. Desde siempre, desde los estadios culturales más primitivos —en los cuales la asociación de los seres humanos en comunidades se realiza en el modelo de “tribu”— hasta los estadios culturales más modernos —en los que los seres humanos tienen un sentido de pertenencia a un “Estado soberano”—, el concepto de patria ha tenido una vigencia permanente. La patria, ya sea la tribu primitiva, ya sea el moderno Estado soberano, es un tipo de agrupación humana con una doble dimensión: por una parte es un modelo aglutinador de los miembros pertenecientes al colectivo determinado; y, por otra, es un modelo creador de separaciones y barreras. No sólo crea separaciones, sino también antagonismos. Los colectivos humanos asociados fuertemente entre sí por el sentido de la “patria”, se consideran a la vez distintos de los demás seres humanos que no pertenecen a ella. Es así como el “extranjero” ha sido y sigue siendo un potencial agresor.

Esta agresión potencial puede revestir formas diferentes. Desde formas pacíficas, como es la competencia comercial en los mercados internacionales, hasta formas violentas, como es la potencial invasión y ocupación del territorio por elementos armados procedentes de más allá de las fronteras que limitan la “patria”. El productor de trigo argentino se considera agredido en los mercados internacionales, por la competencia del trigo cultivado en Francia. El productor de maíz de Estados Unidos considera que es una agresión a sus intereses la producción de maíz que se pueda hacer en Europa, bajo los auspicios y protección de la Política Agraria Común. El agricultor argentino de Rosario no mira con los mismos ojos al pro-

ductor de trigo de Corrientes, que al productor de trigo francés. Rosario y Corrientes forman parte de la misma “patria”, Francia no. Iowa y California forman parte de la misma “patria”, Andalucía o el País de Gales, no. La patria de una parte une y aglutina a los seres humanos; la de otra parte los enfrenta.

Si de los enfrentamientos comerciales pasamos a los enfrentamientos bélicos, hay que reconocer que el concepto de “patria” ha estado en el origen de cantidad de destrozos y de muertes. En el marco de la cultura del “patriotismo”, un valor se considera positivo si se acude al frente de batalla con la idea de matar al extranjero, a quien en este caso se le aplica el calificativo de “enemigo”. Siendo

La crisis de saturación del crecimiento que se experimenta en el reducido ámbito de los países industrializados, contrasta con la penuria y el infradesarrollo de los países tercermundistas.

un tanto cruda la expresión siguiente, pero con la intención de ser lo más realista y objetivo posible, hay que reconocer que la famosa frase de “morir por la patria” constituye una envoltura de nobleza a un contenido inhumano. En realidad, nadie acude al frente de batalla con la idea de que el enemigo lo

mate, sino con la idea de matar al enemigo. Así que de buen grado acepto la crítica hacia estas palabras provocativas, que chocan con la cultura dominante que durante siglos inmemoriales ha estado vigente.

A pesar de lo anterior, ha llegado el momento de analizar con crudeza y realismo los pro y los contra que la cultura de la “patria” ha deparado a la humanidad. Cada suceso bélico de los infinitos que han ocurrido en la historia de la humanidad, es recordado como una hazaña gloriosa, o como una agresión infame, según el lado de la frontera en que estemos situados. Apliquemos fríamente la razón y concluiremos que existe una falta de lógica objetiva. Por mencionar un ejemplo relativamente antiguo, carece de lógica que Napoleón Bonaparte sea recordado por los franceses como un héroe glorioso, mientras que los españoles lo recuerden como un invasor; en tanto que los españoles consideren como héroes gloriosos a quienes se opusieron a él, matando a cuanto soldado francés estaba a su alcance. Desde el punto de vista objetivo, las dos versiones no pueden ser verdad a la vez.

La resolución a este dilema de verdad y error, exige un análisis del concepto de "patria". ¿Cuál es el origen histórico de las "patrias"? En algunas ocasiones ha sido fruto del matrimonio de dos herederos de la familia reinante. Si Isabel de Castilla en lugar de casarse con el heredero de la corona de Aragón se hubiera casado con el heredero de la corona de Portugal, la configuración de la península Ibérica sería hoy completamente distinta. Portugal y Castilla formarían un Estado; Aragón y Cataluña formarían otro. El que un portugués de nuestros días considere a un extremeño como extranjero, tiene un fundamento histórico relativamente débil. Pensemos en todo el continente latinoamericano. Si el sueño de Bolívar hubiera llegado a realizarse, toda América Latina sería hoy una sola y única patria para todos los seres humanos, nacidos al sur de Río Grande. Pero no fue así. América Latina se fraccionó, a partir de 1823, en numerosos estados soberanos. Pero no vamos a entrar en la oportunidad de una configuración política u otra del continente latinoamericano. Sin embargo, hay que reconocer que el modelo actual tiene un fundamento únicamente coyuntural y que, dadas otras circunstancias, hubiera podido ser de otra manera. La conclusión a la que queremos llegar es que el concepto de "patria" no es un concepto absoluto. Que las "patrias" actuales pudieron haber sido otras distintas. Pero citemos un ejemplo más. Un mexicano de Chiapas hubiera podido ser un ciudadano guatemalteco, si las circunstancias hubieran sido otras. Por eso afirmo que el concepto de "patria" es meramente circunstancial.

Una vez que terminó la segunda guerra mundial, surgieron dos concepciones geopolíticas contradictorias entre sí, que coexistieron durante 45 años. En Europa Occidental apareció una nueva visión del mundo inaudita hasta ese momento. Unos cuantos líderes políticos concibieron un proyecto contradictorio con una tradición de siglos. Por una vez, ya sea por la clarividencia de la razón o por la ilusión de la utopía, los conceptos "na-

ción" y "Estado" dejan de predominar como proyecto político. Éstos comienzan a sustituirse por un nuevo concepto, que no tenía todavía consistencia ni realidad política. En ese momento no era más que un deseo, un proyecto virtual, imaginario.

A continuación se presenta el discurso que pronunció Winston Churchill, en la Universidad de Zurich³, el 19 de septiembre de 1946, no más de 16 meses después de haber finalizado la segunda guerra mundial.

En el marco de la cultura del "patriotismo", un valor se considera positivo si se acude al frente de batalla con la idea de matar al extranjero [...] hay que reconocer que la famosa frase de "morir por la patria" constituye una envoltura de nobleza a un contenido inhumano.

Quisiera hablaros hoy de la tragedia de Europa. Si Europa hubiera estado unida compartiendo su herencia común, no hubiera tenido límite la felicidad, la prosperidad y la gloria que hubieran podido disfrutar sus 300 ó 400 millones de habitantes. Sin embargo, de Europa han salido la serie de horribles reyertas nacionalistas originadas por las naciones Teutónicas que hemos

visto en este siglo XX, a lo largo de nuestra propia vida, haciendo naufragar la paz y echando a perder las expectativas de toda la humanidad.

Sin embargo, todavía hay un remedio, si es aceptado por todos de forma espontánea. Podría ser un milagro que transformase toda la escena. ¿Cuál es este remedio soberano? Recrear la familia Europea, o la mayor parte que podamos de ella, y dotarla de una estructura bajo la cual puedan habitar la paz, la seguridad y la libertad. Tenemos que construir una especie de Estados Unidos de Europa. Solamente así, centenares de millones de trabajadores podrán recuperar la alegría y la esperanza que hace a la vida digna de vivirla. El proceso es simple. Lo único que se necesita es que centenares de millones de hombres y mujeres tomen la decisión de hacer lo que es un acierto, en lugar de hacer lo que es una equivocación, recibiendo en compensación bendiciones en lugar de maldiciones.

El proceso ha sido largo y todavía no ha terminado. Once años más tarde, en 1957, firmaban el

3. Cfr. www.winstonchurchill.org/unite.htm

Tratado de Roma los representantes de sólo seis países. Hoy ya son 15 y se espera que lleguen a ser 18 ó 20. El proyecto no está acabado, de todos es conocido que se va construyendo poco a poco. Lo que es importante señalar es que el modelo de integración europea se está haciendo sobre la base de la cesión de la soberanía de los estados miembros a las instancias supraestatales. El proceso de construcción europea consiste en vaciar de contenido, de manera progresiva, la soberanía de los estados miembros, para adjudicársela a las instancias supranacionales. En esta dinámica, el concepto de patria española, francesa o alemana está perdiendo contenido. Cada una de estas "patrias" por separado cada vez significan menos. Y son substituidas por Europa.

Ahora miremos al futuro. Europa es demasiado pequeña. La dialéctica histórica a la cual estamos asistiendo no consiste en substituir pequeñas patrias por una más grande. Si fuera así, es decir, si una "patria" europea substituyera a una patria francesa o española, nos quedaríamos en una mera estrategia de poder político. Ahora bien, es evidente que Europa es más poderosa que cada Estado europeo por separado. En ese sentido, la filosofía que subyace al proyecto europeo no es la creación de un poder que pueda enfrentarse a poderes extraeuropeos de gran magnitud. Pensar así sería desvirtuar la dinámica política del proceso. Estamos ante un fenómeno con una profundidad mayor. Lo que está adquiriendo consistencia política en el proceso es que se desvirtúa el propio concepto de "patria". Si España o Francia o Italia van perdiendo sentido como "patrias" separadas, el futuro político que alumbrará este siglo XXI es que también la "patria" europea pierda sentido. Así, todos los hombres y las mujeres que nazcan en este contexto tendrán la misma y única patria: *el mundo*. No habrá razón objetiva por la cual un europeo considere que un sudanés, un boliviano o un indonesio sea para él más extranjero que cualquier otro ciudadano de Europa. Los hombres y las mujeres del mundo entero formamos una única familia. No hay motivo para que unos y otros nos consideremos potenciales agresores. Yo soy español de la ciudad de Córdoba. Un ciudadano de Ohio, de Perú o de Camboya no es para mí más ajeno ni más extraño, que un ciudadano de la ciudad de Salamanca. Este es el futuro de la humanidad en el siglo XXI.

En estos mismos años en que se ha estado construyendo la fusión de los estados europeos en

la Unión Europea, ha estado vigente, a nivel mundial, un modelo divisor de todo el planeta en dos grandes bloques, liderados cada uno por una potencia militar. El sistema de bloques conformó la historia del mundo durante la segunda mitad del siglo XX. Aquel sistema dejó un reguero de pequeñas guerras a lo largo y ancho del mundo. Cada pequeño país, situado bajo el área de influencia de una de las dos potencias hegemónicas, era a su vez objeto de apoyo o de las represalias de los que estaban situados en el otro lado. El sistema de bloques convirtió al mundo en la dialéctica entre el bien y el mal, entre los buenos y los malos. Para cada uno, los malos eran los que estaban situados del otro lado de la línea divisoria. Esta forma de ver el mundo trajo consigo la carrera armamentística. Tanto de un lado y como del otro se consideraba imprescindible armarse con materiales cada vez más sofisticados y caros, de manera que no fuera superado por la sofisticación y el encarecimiento del armamento adversario. Los recursos de materias primas, financieros y humanos consumidos por la carrera armamentística han sido ingentes. Al final, han resultado baldíos. Felizmente no han sido usados. Han quedado obsoletos e inservibles antes de ser estrenados.

La carrera armamentística se apoyaba en un postulado cultural aceptado: el otro bloque era considerado un virtual agresor, del cual había que estar protegido, más aún, había que estar en condiciones de destruirlo si llegaba el momento. Esta forma de pensar ha sido evidente, indiscutible. Al final, ha desaparecido arrastrada por la propia incoherencia que llevaba en su interior.

Los que éramos niños en los años treinta hemos sido testigos de un cambio cultural, cuyas dimensiones son de tal magnitud, que posiblemente no hayamos sido capaces de abarcarlo en su dimensión total. Durante mucho tiempo hemos vivido en un universo, donde ciertos valores —como la valentía, el heroísmo, la patria, en definitiva, todo aquello que estaba relacionado con la fuerza física y la derrota del adversario— constituían valores superiores. El orgullo de haber vencido, en un conflicto armado, a la ideología adversaria, constituía un motivo de seguridad colectiva. Después de la guerra civil tuvo la lugar la guerra mundial y de nuevo se impuso la misma cultura de la victoria militar. Durante 45 años (1945-1990), la economía de los países industriales ha estado condicionada por la carrera armamentística, y la polí-

tica, por el fenómeno del satelitismo en torno a los dos grandes imperios hegemónicos: Estados Unidos y la Unión Soviética. Ahora bien, el conflicto armado entre las dos grandes potencias nunca se desencadenó; sin embargo, la solución a los conflictos entre los pequeños estados, o entre los grupos sociales dentro de un Estado, se ha pretendido resolver mediante la victoria militar de un contrincante sobre el otro.

Esta cultura se ha desvanecido. Seamos conscientes de que, finalmente, la sociedad mundial ha tomado conciencia de que la victoria militar es una victoria meramente coyuntural. Al cabo de cierto tiempo, cuando el equilibrio de fuerzas se ha recompuesto, surge de nuevo la confrontación violenta. Así es como ha vivido durante siglos la humanidad. No es que tengamos miedo a la guerra por la hipótesis de perderla, o por las desgracias que lleva asociadas, sino porque al fin hemos descubierto que la guerra es inútil como método de resolución de conflictos. El propio conflicto de los Balcanes, por referirme a un ejemplo que tenemos más cerca, pone de manifiesto este aserto. En otra circunstancia cultural, los partidarios de los serbios, de un lado, y los de los croatas, del otro, hubieran desencadenado un conflicto internacional, tal como ocurrió en 1914. Hoy, simplemente, la sociedad mundial no cree ni tiene confianza en la victoria militar.

El mundo se está configurando de manera que los propios estados, cuya característica fundamental es la soberanía, empiezan a no ser soberanos. Unas veces por acuerdos internacionales expresos, como es el caso de la Unión Europea; otras, por la fuerza de los hechos. Las fronteras entre los estados son barreras cada vez más permeables. La libre circulación de mercancías, capitales y personas todavía no está implantada por completo. Va hacia ese camino. Lo que se está retrasando más es lo que toca a las personas. En este asunto, como en tantos otros, el poder del dinero es más eficiente que el poder de los derechos humanos. El capital —en busca de oportunidades de inversión rentables— logra la autorización para circular libremente con más facilidad que las personas, quienes buscan oportunidades de trabajo y mejores condiciones de vida.



A pesar de no haberse implantado universalmente todavía la libre circulación de capitales, mercancías y personas, aún es limitada, los efectos se han dejado sentir. Los estados ya no pueden controlar soberanamente su política monetaria ni su comercio internacional ni, por supuesto, su sistema de defensa. Los niveles salariales de un Estado no son independientes de los que existen en otro. Los sistemas de comunicación no se pueden diseñar a nivel de un solo Estado. El mundo entero es una unidad. Ninguna decisión política, económica o social tiene sentido a nivel de un Estado y para un Estado. Ha nacido un nuevo objeto de gestión política, económica y social: el mundo.

El fenómeno de la globalización se está imponiendo como un hecho y no ha nacido por decisión de ninguna persona ni de ningún grupo de poder. La globalización nos la hemos encontrado. El tráfico mundial de la información, del capital, de las mercancías, la rapidez de los transportes han acercado a los hombres y a las mujeres de todo el mundo. Y un fenómeno importante: el cambio cultural. El propio concepto de "extranjero" va perdiendo consistencia. Esto es un hecho histórico, no es producto de la decisión estratégica de nadie. Pero como todo hecho histórico no planificado, ha nacido sin bases jurídicas, políticas y administrativas. Nos encontramos, en cierta forma, en una situación parecida a la que se enfrentó la sociedad europea en el siglo XVIII, cuando surgió la primera revolución industrial. La revolución de la maquinaria industrial tampoco fue una decisión estratégica de alguien. Fue un hecho tecnológico que irrumpió por sí mismo, lo cual permitió que las estructuras

aristocráticas de la sociedad de esa época se consideraran anticuadas. Asimismo, el advenimiento de esta revolución industrial encontró a la sociedad sin estructuras jurídicas ni políticas que le dieran un marco adecuado. Así, ante la carencia de una legislación mercantil, laboral y fiscal, se produjeron abusos inhumanos en las factorías y las minas.

En nuestros días ocurre una situación similar. El mundo, de hecho, se ha globalizado, pero no existe ninguna autoridad global, ninguna ley laboral global, ninguna normativa fiscal global. He aquí la ingente tarea política de los líderes que han de tomar las decisiones en estos albores del siglo XXI. El mundo necesita una *autoridad mundial* que gobierne el mundo entero, en beneficio de los seres humanos que lo habitan; de manera similar a lo que ocurre en los actuales estados, en donde las

autoridades gobiernan en beneficio de los ciudadanos de su respectivo Estado.

Es probable que estas palabras suenen a un sueño imaginario e imposible, lo mismo que les pudieron parecer a muchos, un sueño imaginario e imposible, las palabras de Winston Churchill, en 1946, cuando —sobre las cenizas de una Alemania arrasada por las bombas de los aliados, sobre los cadáveres de los campos de concentración nazi— afirmó que había que mirar al futuro y no al pasado. Que Francia y Alemania podían sacar lo mejor de sí mismas para construir una Europa Unida en bien de todos los europeos. Ha llegado el momento para que cada pueblo y nación dé lo mejor de sí mismo para construir una única patria global, en beneficio de todos los hombres y las mujeres que habitan el planeta.

